

descripciones se presenta también á éste como casado. Los catalanganes tienen dos parejas de dioses supremos; en cambio el dios de Halmahera está representado en algunas relaciones como individual y de él se dice que enseñó sus leyes á los sabios, *gusongs*, á quienes se denomina embajadores suyos y que, á su vez, las enseñaron á sus discípulos, *gomatirs*, después de lo cual desaparecieron. Entre los dajakes encontramos un dios supremo, Tupa, que habita en el cielo y gobierna el rayo y el trueno pero al cual no se puede rezar, y otro, Sangiang Assai, que transformó en roca blanca á una mujer.

Un segundo dios, Batara Guru — de quien ya hemos hablado — se nos presenta por vía de excepción en las inscripciones indio-javanesas con todos los atributos de un ser espiritual concebido como muy superior, de un dios omnipotente, omnisciente é infinitamente bueno que reparte principalmente los dones de la inteligencia y del corazón: la situación preferente que este dios ocupa en nada destruye el carácter fundamental politeísta de la religión, pero los demás dioses, los *devas*, están muy postergados con relación al mismo. Como dioses principales encontramos á Surya, el sol, y Kalamerta, dios ó diosa de la fertilidad y al propio tiempo de la muerte. Los atributos más especiales del dios, sobre todo su condición de dios de los arrepentidos, y la creencia de que aparece en la tierra en forma de destructora tempestad y de que lucha con el fuego, demuestran su semejanza con el Siwa de la religión indostana del cual es la transformación javanesa, bien que en ésta desaparecen ó están por lo menos muy debilitados los actos y las tendencias destructoras y apasionadas de aquél. En otros testimonios del indostanismo javanés no ocupa tan elevada posición sino que aparece detrás del apartado dios omnipotente aunque no tan lejos de él como el politeísta hormiguero de divinidades, pues ocupa un nuevo lugar intermedio en el cual su principal función consiste en completar la creación comenzada, en señalar á los demás dioses el sitio que deben ocupar y en gobernar á éstos y á la tierra con todo lo que hay en ella. Colocado en esta posición, reúne dos funciones ó dignidades, puesto que es señor de los dioses y de los hombres; en algunas tribus estas dos funciones corresponden á dos dioses especiales, así por ejemplo los dajakes del Sud de Borneo distinguen entre Mahadara Sangan, como señor de los dioses, y Mahadara Singsang, como señor de los hombres, además de lo cual hacen derivar también directamente del ser supremo á los demonios. Esta situación aparece confusa allí donde la creación, inclusa la de los hombres, fué realizada por el supremo señor, como sucede en el caso citado de los orangbenúas, quienes consideran como creador y gobernante del mundo á Pirmán que es invisible y habita encima del cielo. Este dios rompió en otro tiempo la piel en que estaba envuelta la tierra, á consecuencia de lo cual surgieron de las profundidades las gigantescas montañas que sostienen hoy el edificio de la tierra; hecho esto metió á la primera pareja humana en una parao que durante mucho tiempo flotó sobre las aguas. Entre Pirmán y los hombres hay los djins, siendo el más poderoso de ellos el espíritu de la tierra Djín Bumi, que envía las enfermedades y destruye la vida de los hombres; á él están subordinados los espíritus (*hantus*) de las distintas clases de árboles, de los ríos, de las montañas, etc. La conexión genealógica entre éstos y Pirmán no está más concretamente determinada y sin embargo puede señalarse como carácter notable de las variantes malayas de las formas mitológicas indostanas el hecho de ser preferentemente acentuadas las relaciones genealógicas hasta el punto de ser designado Batara Guru como padre de los dioses.

Recientes investigaciones han demostrado así los fundamentos siwahíticos de esta figura mitológica como su concordancia con Buddha, sin por esto perder el carácter fundamental malayo que se manifiesta en su situación como creador y conservador del mundo al frente de unos pocos dioses superiores y en su naturaleza indeterminada y sin embargo personal. No es fácil ciertamente distinguir en esta agrupación de dioses el elemento indígena, porque es indudable que en él han ido tramándose poco á poco y por medio de hilos finísimos primero las creencias brahmánicas y después las budhistas, pero de todas maneras los dioses importados revisten siempre cierto carácter nacional que no ha de pasar inadvertido ni siquiera allí donde aparecen claras las huellas indias. En Sumatra, al lado de Batara Guru (padre de la raza humana) se adora al dios Sorie Pada (en el aire) y al dios de la tierra. Cansada la serpiente Nagapadoha de llevar la tierra la arrojó al agua; después descendió del cielo en un buho y seguida de un perro Pouta Orla Boulang, hija de Batara Guru, y para que pudiera descansar en el agua, Batara Guru hizo caer sobre ésta la montaña Bakarra á la cual se agarró la tierra; el volador Layand Mandi, hijo de Batara Guru, ató de pies y manos á Nagapadoha para que la tierra no fuese nuevamente arrojada. Después de esto, Pouta Orla Boulang dió á luz en la tierra así afirmada tres niños y tres niñas que fueron los antecesores del género humano.

Con los nombres de Kaloe, Kalúe, Kloa y otros análogos encontramos en las más distintas tribus de Borneo una diosa que habita en el mundo subterráneo y ora protege las cosechas y las plantas, ora puede ser de funesta influencia para las mujeres embarazadas y los recién nacidos, razón por la cual aquéllas esparraman por la tierra, á modo de sacrificio, granos de arroz. Por esto se la ha comparado unas veces con Proserpina y otras con la Lucinia de la antigüedad. Uhle ha llamado la atención sobre una inscripción de Surabaja en la que se designa á Kalamerta, hijo de un Dewata, como dios instituido para los aperos de labranza y autorizado, además, por Batara Guru para perder á los pecadores. El propio autor indica que así en el nombre como en la importancia aparece evidente una relación con el kali indostano que se nos presenta como forma metamorfosada de Parvati, la esposa de Siwah, diosa del infierno y al propio tiempo de la fertilidad, que bajo otros muchos nombres conserva también la naturaleza femenina. Los javaneses ofrecen á Nij Seri, protectora de los campos de arroz, sacrificios de viandas y bebidas en casitas especialmente construídas para ello, añadiendo á estas ofrendas un espejo, un peine y aceite aromático, pues la hija de los dioses es tenida por vanidosa. Finalmente los igorotes organizan para agradecerle cazas de cabezas especiales. El enlace que existe entre las fiestas purificadoras ó expiatorias y las costumbres de la cosecha produce el efecto de que las fuerzas tráfidas de los abismos para favorecer el crecimiento de las plantas son nuevamente enviadas al mundo subterráneo después de haberse celebrado la reconciliación con las mismas. La fiesta que en Halmahera se celebra con el nombre de *Musum* para conservar la salud, tiene lugar al final de la fiesta de la cosecha, cuyo objeto principal es alejar á las enfermedades. Sobre esto recordaremos lo que hemos dicho en la pág. 554 acerca de la mitología polinesia.

También el dios de la guerra aparece relacionado con el reino vegetal. En Halmahera, el hombre más anciano, el *mahimo*, se encamina al bosque y dirigiéndose á un árbol practica en él un agujero y excita al espíritu que en el mismo habita á que se traslade á una silla de manos que se le

tiene preparada y en la cual se le ofrecen viandas, mientras los que acompañan al mahimo ejecutan una danza guerrera. En Ceram se organiza antes de la guerra una procesión que saca del bosque «al espíritu del árbol sagrado», el cual, terminada aquélla, es solemnemente reconducido á su mansión. Tampoco faltan en este punto analogías con lo que hemos visto en Polinesia (pág. 554).

Muy por encima de los espíritus vulgares aparece en Java el espíritu femenino del Océano como princesa virgen de la costa meridional con el nombre de Njai ó Ratul Loro Kidul; es de gran corpulencia y reina no sólo en el mar sino también tierra adentro, en las peñas y en las cavernas. La leyenda supone que es hija de un soberano de Padjaran y que maldijo á su padre porque éste rechazaba á todos los que pedían su mano; desterrada á las costas meridionales de Java y atacada por una enfermedad dolorosa, en vano imploró el auxilio de los dioses hasta que por fin habiendo dirigido sus oraciones á Siwah, el exterminador, los espíritus malos se apoderaron de ella, la arrastraron al mar y los demonios que en el fondo de éste habitan la eligieron reina. Cuando permanece en la tierra, su residencia favorita es una caverna situada junto al río Upak. Como á la diosa de los campos de arroz, las ofrendas que se le hacen consisten en objetos de tocador, especialmente espejos, peines y aceite para unturas. La leyenda nos presenta á su hermana fea, albina y sordomuda, y dice que unos comerciantes la sacaron de una isla desierta á donde había sido desterrada. Entre los battas hay, además, los *sombaoes*, que viven en los ríos caudalosos y en los lagos y se denominan *sombao laut*, es decir, espíritus del mar, ó son designados con el nombre especial de *naga*; por su categoría están al nivel de los supremos sombaones, siendo por ende hijos de dios, *Anak Nebata*. Una pareja de estos nagas habita en el lago Tobah y es muy venerada por los habitantes del mismo; sus nombres son Saniang Naga Chorsik y Boru Saniang Naga, habitando el primero, que es el varón, muy cerca de la orilla, y la segunda, la hembra, en una gran casa de piedra seca en las profundidades del centro del lago. También se celebran fiestas en honor de ellos y se les ofrecen sacrificios.

El sol y la luna se nos presentan, aun en las relaciones más confusas, como grandes dioses y los demás astros como descendientes suyos; tal sucede entre los igorotes acerca de cuya religión apenas sabemos otra cosa que la existencia del culto de las almas. Los negritos, cuando sacrifican algún animal, sea para comérselo, sea para venderlo, arrojan un pedazo de él al cielo exclamando: «¡Este también para tí!» Asimismo sacrifican cerdos al trueno. De los habitantes de la isla Timorlaut se dice que colocan en el sol á su principal dios que representa el principio masculino al paso que ponen en la tierra á su complemento femenino con el cual está aquél unido. Para designar un eclipse de luna dicen los indígenas de Batján: «La serpiente se ha comido á la luna.» Cuando ocurre algún eclipse de luna, se adornan los templos y algunas muchachas han de llorar y lamentarse de que muera ese astro, mientras que los circunstantes ríen y bromean; también se arma mucho ruido para que el monstruo restituya la luna que se ha comido. En la luna se pretende ver un árbol, ó una sombra de Alah ó un oscurecimiento promovido por el ángel Gabriel para hacer mayor su contraste con el sol, pues en un principio eran los dos astros igualmente luminosos. A las estrellas errantes se las llama «arrojadas por el arco», y á la estrella de la mañana «diente del día.» En el arco iris ven los mahometanos un jiron de la capa de Satanás y los negritos rezan á él de la misma manera que ofrecen sacrificios

al trueno. Los habitantes de Ternate creen que el arco iris multiplica los peces.

Los terremotos son producidos por las sacudidas del buey gigantesco sobre cuyos cuernos descansa la tierra ó por el enroscamiento de la serpiente *Naga*, de la misma que bajo otro concepto es causa de los eclipses de luna. El fuego subterráneo está encarnado en los malos espíritus, á los cuales un pájaro bienhechor, llamado en Ternate *Leo*, roba el fuego para traerlo á los hombres y para chamuscar-se las alas (véanse los mitos de pájaros polinesios en la pág. 538). Meki, que habita debajo de la tierra, es temido en Tobaru como el más poderoso de los malos espíritus.

Los elementos mitológicos tienen gran representación en las leyendas, sobre todo en las dinásticas que ocupan los largos períodos prehistóricos, y en las leyendas de animales. La leyenda de las vírgenes cisnes que hallamos extendida por todo el mundo se nos aparece en Ternate al pie del árbol genealógico de la isla. Una de las siete hermanas con alas, vírgenes del cielo llamadas *Sharbas*, que bajando de los aires reposaron en Ternate para banarse, fué sorprendida por un príncipe de la familia reinante y dió á luz unos niños que luego gobernaron en Ternate, en Tidor y en Batján. Valentyn reproduce sobre el mismo tema una variante según la cual los reyes de Ternate, Tidor y Batján nacieron de unos huevos de dragón, razón por la que el sultán de Batján llevaba la imagen del dragón que había sido su antepasado. Todavía se remonta más la leyenda que supone que el primer príncipe de Loloda nació en medio del silencio universal al comenzar el primitivo murmullo del viento; según ella salió de la rama de un árbol que algunos buenos espíritus habían conducido á la orilla y por esto se le llama Aki Malutu «que vino del agua.» Más banal se nos presenta la leyenda genealógica de Batján que supone madre de la familia de príncipes á una princesa de Ternate que había sido sacada de Tidor y colocada en una balsa por haber perdido la virginidad.

Las almas van, después de la muerte, á otro mundo que según Bock es considerado por los dajakes como ciudad de las almas y denominado *Salyan* y por los alfores de las islas orientales como casa de espíritus y designada con el nombre de *Soroga* ó *Sorga*. El objeto principal de los grandes funerales que se celebran algunos días después de la muerte no es otro que facilitar á las almas el camino que allí conduce. Lo que se nos refiere acerca de los sepelios y de las creencias en los antepasados nos permite conocer los detalles de esta esfera de ideas. Lo primero que se nos presenta claro es que el alma no está unida á aquella patria de los espíritus sino que su residencia en la otra vida aparece limitada bajo muchos conceptos, así por ejemplo los maanjanes dicen que las almas abandonan la ciudad de las almas y vuelven á esta tierra después de pasadas siete generaciones. Cuando una mujer embarazada siente antojo por comer algún fruto ácido, cree este pueblo que una de esas almas quiere volver del otro mundo para nacer nuevamente en forma humana. Creen, además, los maanjanes que el otromundo se parece al mundo terrenal, que en él hay como en éste montañas, valles, ríos y mares sobre los cuales dominan diferentes espíritus y que existe allí un dios supremo llamado Epu que tiene poder sobre todos los espíritus, cuya residencia les es desconocida y que gobierna de una manera ilimitada en el mundo invisible. Hay un espíritu bueno llamado Balu Adad á quien se describe como mujer hermosa y á cuyo cuidado se confían, en los funerales, las almas de los difuntos á las cuales acompaña en el otro mundo. Los alfores del archipiélago oriental creen que el alma comienza por preguntar á Kakiribo si

puede penetrar en la Sorga. El camino que conduce al otro mundo atraviesa el mar y por esto los ataúdes afectan á menudo la forma de canoa; otras veces se coloca junto á ellos una canoa en miniatura. Algunas tribus, sin embargo, como los milanos de Borneo, creen que las embarcaciones en miniatura sólo sirven en el otro mundo en donde se convierten en magníficas goletas. Como en el camino que han de seguir las almas para ir al otro mundo no faltan los peligros que en todas partes dificultan el acceso al paraíso, se provee al difunto de armas y si es un personaje ilustre se le da en el acto del entierro ó se le envía después un séquito de esclavos. Asimismo se le dan medios para sobornar; así por ejemplo, en medio del estrecho sendero que al otro mundo conduce hay un gran perro salvaje llamado Maweang y jay de aquel que no va provisto de una pequeña perla *telak* para apaciguar su rabia! De aquí que al cadáver se le entregue una de estas perlas que se coloca en su brazo derecho. En Halmahera no se colocan telas más que junto á los cadáveres de las mujeres para que con ellas puedan éstas adquirir alimentos durante el camino, pues por lo que hace al hombre se supone que ya sabrá proporcionárselos.

Los igorotes están en la creencia de que las almas, después de la muerte, emigran á dos lugares distintos; para las de los que mueren de muerte natural el lugar está situado en la tierra misma, hacia el Norte, y lleva el nombre de *Cadungayán*: en él viven las almas de los difuntos reunidas en un bosque de determinados árboles que si de día afectan esta forma de vegetales por la noche se transforman en cabañas parecidas á las de los igorotes vivos. Estos afirman que aquellas almas poseen jardines plantados de *camots* y de otros vegetales y que se alimentan de almas y de otras partes invisibles de los animales, de arroz y de las ofrendas propiciatorias que les destinan los parientes que les sobreviven; por esto en el Norte de Borneo se derriban algunos árboles de sagú para cada uno que muere á fin de que haga uso de ellos en el otro mundo; asimismo creen esas gentes que sirve de refrigerio á esas almas el vino que los vivos beben. En este lugar del otro mundo son castigados los que habiendo robado ó matado sin que á ello les moviera una verdadera necesidad han muerto impunes, consistiendo aquel castigo en ser atravesadas sus almas por otra alma cualquiera con una lanza. Las almas de todos los que han fallecido á consecuencia de una lanzada ó víctimas de cualquier otra muerte violenta, y las almas de las mujeres que fallecen en el parto ó á consecuencia de él, llegan á un lugar privilegiado que los indígenas suponen en el cielo ó en la mansión de los dioses. Estas creencias reconocen por fundamento la siguiente tradición: Mananahajut, señor del sol, ordenó en otro tiempo á unos igorrotés que dieran muerte á otro, pero luego se compadeció del muerto y le envió á su esposa Bugán para invitarle por medio de presentes á que subiera al cielo. El alma del interfecto, sin embargo, se negó á seguirla porque le pareció muy extraño el traje que llevaba; entonces la esposa de Mananahajut se quitó el vestido y se presentó al muerto completamente desnuda, acariciándole de nuevo y prometiéndole que en el cielo le proporcionaría toda clase de placeres. El igorrote se dejó convencer ante tal promesa y levantándose del suelo siguió á la diosa. Mananahajut recibióle con grandes muestras de alegría y le obsequió con espléndidos banquetes, danzas y fiestas.

Los madagascarenes creen que sus almas van ó al aire ó á una montaña denominada Ambondrombe que se levanta en el país de Bafileo y que con su cima oculta siempre entre nubes y con el rugido de las tempestades de sus va-

lles ha sido durante mucho tiempo el terror de los habitantes de sus alrededores. En el idioma del pueblo encontramos reminiscencias de la noción de otro mundo «mejor» puesto que, entre otras cosas, se dice de los muertos que son *Nody Mandry*, es decir «que han ido al reposo». Entre los hovas se aplica á los que han fallecido la expresión de *Lasanko Adriamanitra*, que significa «convertidos en dios». Lo que no aparece claro es la idea que se tienen formada acerca de la residencia de estas almas y de estos dioses almas.

La mezcla de ideas religiosas indias, chinas y sobre todo mahometanas con la religión primitiva de este pueblo, en vez de aclarar, lo que ha hecho ha sido enriquecer y por ende confundir más y más sus ya excesivas supersticiones. En las mitologías del archipiélago Indio que se han asimilado diversos elementos del budhismo y del brahmanismo, aparece toda suerte de reminiscencias de antiguas ideas fenicio-babilónicas y relaciones con las que recientemente se han conocido en Polinesia. De la misma manera que, aun en Java que es la isla que más ha progresado, el antiguo culto de las almas y la ilimitada adoración de la naturaleza que de éste es consecuencia se han mantenido casi invariables al lado de la forma fanática del islamismo, de los restos del brahmanismo y de la presencia de centenares de miles de adoradores de Budha, de igual suerte se conservan las antiguas tradiciones junto á las refinadas formas de la astrología, de la nigromancia y de todas las prácticas intermedias entre éstas. De aquí que precisamente estos malayos de Java, más ilustrados que los otros pueblos, lo propio que los bugis y los atschinos se nos aparezcan como los más supersticiosos de todos los hombres, superando, al parecer, en esto á sus compañeros de raza de Sumatra ó de Borneo, menos civilizados que ellos. Aquéllos conocen, por un lado, un número incalculable de espíritus que revisten las más variadas formas y causan toda clase de desgracias; explican la forma de las montañas por dragones, fantasmas y otras cosas análogas, creen en hombres tigres y en hombres cocodrilos, temen á la higuera, etc.; por otro lado, poseen muchas y muy refinadas fórmulas para los conjuros y para los hechizos, amuletos (especialmente pedacitos de papel en donde hay escritas máximas del Alcorán), presagios buenos y malos de muchas clases y días fastos y nefastos. Es más, las distintas horas de cada día de la semana son, según ellos, propicias ó desfavorables para determinados asuntos; la astrología y la explicación de los sueños desempeñan un papel importante entre estos indígenas entre los cuales hay hombres que se jactan de poder promover las tempestades. Estos pueblos creen en la existencia de medios para hacerse invulnerables, curan con hechizos y están convencidos de que las almas pueden ser resucitadas con las charlatanerías y triquitraques de los gurus. En público visitan las mezquitas y en secreto ofrecen sacrificios en un altar de piedra á modo de dolmen colocado delante de la aldea, á las almas de sus antepasados ó de los niños que nacen muertos.

En los pueblos de bajo nivel de cultura el sacerdocio mide el reconocimiento de su influencia por el grado de superstición que en ellos domina; de suerte que de antemano podríamos afirmar que los sacerdotes ocupan una posición muy elevada entre las tribus malayas por más que el desenvolvimiento especial de las creencias de las mismas propenso en demasía al fraccionamiento quebranta la situación externa de aquéllos por cuanto no permite la constitución de un culto concentrado ni la formación de una jerarquía uniformemente organizada. Por regla general, la

impresión que producen los sacerdotes malayos, por lo menos superficialmente no es en manera alguna simpática. El monje filipino cuyas preciosas observaciones acerca de los igorotes conocemos gracias á Blumenthal dice lisa y llanamente hablando de los «videntes», especie de sacerdotes: «Suelen ser los individuos más audaces, más bellos y más bribones de su tribu, que explotan en provecho de su estómago la influencia que han conquistado. El único distintivo que usan para sus manipulaciones religiosas consiste en un collar de dientes de caimán ó de colmillos de jabalí. Este adorno infunde gran terror á los igorotes. Las ceremonias que estos videntes ó profetas practican en los actos de su culto consisten en hacerse cortes en la cara, en dislocarse los miembros de un modo que hace erizar los cabellos y en imitar todo cuanto ven hacer á los misioneros en los actos religiosos. Uno de estos histriones confesó á un monje que á escondidas para no ser reconocido habíase deslizado en una aldea cristiana y había visitado un templo á fin de observar al sacerdote durante los divinos oficios.» No es más favorable el juicio que emite Schreiber acerca de las *blianas* y los *basirs* de los dajakes, de los cuales dice que en la mayoría de las tribus son personas de inmoralidad reconocida. Estos juicios están corroborados por hechos como el de haber sido condenado hace pocos años un sacerdote dajake por los tribunales indio-holandeses á cinco años de corrección por el delito de cohecho, habiéndose probado en el curso de la causa que con ocasión de temerse una epidemia variolosa había comenzado por vender á muy buen precio agua de sal y talismanes escritos, luego había vacunado con verdadero virus varioloso á los infelices dajakes de Ketiur, y finalmente, viendo que la enfermedad había, como era natural, estallado con los caracteres más malignos, habíase apoderado de cuantos objetos de valor poseían aquellos desdichados á pretexto de que de esta suerte se calmaría á Antu, el espíritu malo. Este embaucador fué desenmascarado cuando no sólo se negó á restituir lo robado sino que, además, quiso á la fuerza convertir al islamismo á aquella engañada población. Otra clase de malos sacerdotes son los que afirman haber bajado del cielo. En 1867 el rey de Goa (Celebes) hubo de lanzar numerosas fuerzas contra uno de estos embustersos que luego resultó ser un javanés escapado de presidio.

La institución de las sacerdotisas ha adquirido un gran desarrollo entre algunas tribus de Borneo y de las islas orientales, especialmente entre los dajakes que la han transmitido á los malayos puros. Los maanjanés del Sudeste de Borneo tienen las *wadianas* al frente de las cuales hay una suprema wadiana, dignidad que pasa por herencia de madre á hija. Esta forma de sacerdocio es más pura que la de las *blianas* de los dajakes propiamente dichos, las cuales al par que sacerdotisas son mozas desenvueltas y venales. La institución de las wadianas tiene muchos puntos de contacto con la de las *walianas* de Celebes ó con la de las *kan-kanes* de Ternate, en donde la dignidad sacerdotal se concede generalmente á mujeres entradas en edad después de muchos años de práctica. La misma semejanza que en el nombre existe en el modo de ser de estas mujeres consagradas. Entre los maanjanés, cuyo sacerdocio nos ha descrito detalladamente Grawobsky, cualquier mujer ó muchacha puede llegar á ser wadiana, pero tiene que pagar para ello una cantidad á otra que ya lo sea para que le enseñe las máximas. En los sacrificios de escasa importancia actúan las wadianas en traje ordinario, pero en las grandes fiestas se ponen un traje especial, adornando, además, su cabeza con una diadema de tres dedos de ancho cubierta de lentejuelas; sobre el pecho y atado con un cinturón lle-

van un sarong que con los movimientos de la danza deja en descubierto todas las formas; en la frente, en las mejillas, en el pescuezo, en el pecho, en las pantorrillas y en las piernas ostentan manchas redondas, cruces y rayas hechas con harina de arroz y en cada brazo llevan dos cascabeles á modo de brazaletes, denominados *galangs* que se hacen sonar acompasadamente delante de los sacrificios mientras el cuerpo ejecuta ciertos movimientos de danza. Además de esto, las wadianas jóvenes llevan en el cabello hojas en forma de lanceta de un rirong llamado *palmetto* que se supone nacido de las cenizas de una wadiana. En otros territorios se presentan estas sacerdotisas más sencillamente; así por ejemplo en las Celebes las walianas se distinguen por los sarongs atados en cruz sobre el pecho, por los pañuelos de colores anudados unos á otros que llevan en la mano y por llevar el cabello reunido en un moño no á un lado sino sobre la coronilla. El sistema de los conjuros es casi idéntico aun en los más apartados territorios; las danzas extáticas, un sacrificio que generalmente se consume en una gallina, la extracción del alma cuando se trata de curar enfermedades y la purificación y reintroducción de la misma son los elementos á que apelan esas sacerdotisas á las cuales se las prepara antes fumigándolas en su lecho con hierbas aromáticas. En todos los sacrificios de los maanjanés la víctima es una gallina que la wadiana de servicio se coloca sobre la cabeza mientras baila dentro de su casa; después de esto se mata al animal y se le prepara convenientemente en una estera que sirve de plato en los sacrificios, mientras la sacerdotisa prosigue su danza ora acercándose á la víctima, ora apartándose de ella y siempre entonando fórmulas mágicas. Luego toma una escudilla en la que arde una luz de cera y colocando en ella un huevo y un fruto de plátano se la pone en la cabeza y se balancea hasta caer en éxtasis; una vez en este estado dice cosas que tienen relación con la enfermedad y aun señala las causas de ésta, pues se ha encarnado en ella el buen espíritu que expulsa del cuerpo del enfermo al espíritu malo. Durante toda esta ceremonia se amasa y pellizca al enfermo mientras con un roten se golpea el tambor armando un ruido espantoso.

En los casos de enfermedad y para aumentar la fuerza de los conjuros, la waliana de las Celebes no baila sobre el desnudo suelo sino sobre una estrecha viga y los movimientos que ejecuta son, según escribe un observador desde Bolaong Magondo (Norte de las Celebes), tan violentos que es imposible dejar de admirar la fuerza de la que los realiza por cuyo rostro corren gruesas gotas de sudor. La cara de la waliana se desentaja y refleja no sólo el esfuerzo corporal sino también el arrobamiento; sea veneración, sea angustia, sea verdadera fe en la cosa, es lo cierto que en aquel cuerpo tembloroso se ve algo más que cansancio. La sacerdotisa se detiene un momento para descansar y lanza profundos gemidos; no parece ser la misma mujer que poco antes era, no oye las palabras que se le dicen, pronuncia frases incoherentes, tiembla y se agita. Algunas mujeres se le acercan y le ofrecen viandas; si las acepta es buena señal para la casa en la cual le han sido ofrecidas; generalmente finge querer rechazar los manjares, pronuncia palabras inconexas y canta una especie de canción fúnebre. Las demás mujeres, en número de cinco ó seis y llevando cada una algo en la mano, la excitan con sus cantos á que coma los manjares, hasta que al fin toma un poco de sirih que masca y escupe procurando tocar la viga. Al cabo de un rato parece tranquilizarse y reponer sus fuerzas y entonces otra waliana más joven continúa la danza sin llegar al grado de excitación que su compañera, la cual prosigue sus